



NÚMERO 810

11 DE ENERO DE 1915

AÑO XXXII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 a 3.—Trajes para jovencitas

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

TEXTO. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — Los orígenes de la risa. — Pensamientos. — Oliverio Twist, novela de Carlos Dickens. — Crónica de teatros. — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 a 3. Trajes para jovencitas. — 4 y 5. Trajes de desposada. — 6 a 9. Sombreros de novedad. — 10 a 15. Trajes de paseo. — 16 y 17. Chaqueta y patrón de la misma.

FIGURÍN ILUMINADO. — Traje y cuerpos de gran novedad.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

I a 3. TRAJES PARA JOVENCITAS.

I. *Lindo traje* para jovencita de 18 años, de glacé color azul rey. Falda guarnecida con dos volantes en forma y ligeramente fruncida en la cintura; delantero del cuerpo recortado en picos y rodeado de un pequeño bias; faja alta, plana, de lo mismo; pequeño cuello de linón blanco.

II. *Traje elegante para jovencita*, de paño de seda color arena; falda compuesta de dos tónicas, una de las cuales es plana y la otra plegada a pliegues anchos y más larga por detrás; cuerpo abierto sobre un pequeño plastrón de seda blanca; gran cuello vuelto de seda listada negro y blanco, así como el bajo de las mangas; faja drapeada de terciopelo azul, anudada delante.

III. *Precioso traje para jovencita*, de fina jerga color topo; pequeña túnica en forma, guarnecida en el borde de un ancho bias de terciopelo; cuerpo kimono, formando delante dos bieses que cruzan en la espalda; chaleco estrecho con solapas de encaje blanco; cuello de terciopelo negro.

4 y 5. TRAJES DE DESPOSADA.

I. *Bonito traje de desposada*, de seda charmeuse; el delantero de la falda ofrece un gracioso drapeado que sube hasta la cintura; túnica de encaje bordado sobre tul; cuerpo muy sencillo, guarnecido tan sólo de un gran cuello del mismo encaje; faja de seda liberty blanca, con ancho nudo delante.

II. *Elegante traje para desposada*, de casimir de seda; la falda cruza de un lado y se entreabre en el bajo sobre dos volantes de muselina de seda; el cuerpo, drapeado, descende ligeramente sobre las caderas; fichú de muselina de seda con volantito estrecho, fruncido en el borde.

6 a 9. SOMBREROS DE NOVEDAD.

I. *Lindo sombrerito* revestido de raso blanco, con copa de terciopelo negro, adornado con dos *coqueaux* de pluma de avestruz, colocadas delante frente a frente.

II. *Toquita* de raso negro; fondo drapeado de glacé; el adorno consiste en dos grandes lazos del mismo glacé, dispuestos a un lado.

III. *Graciosa toquita* de glacé blanco, adornada de galones de la misma tela; airon negro, colocado en el centro delantero.

IV. *Lindo sombrero*, género *canotier*, ligeramente levantado a un lado, de terciopelo asarado negro. Es forma graciosa, adornada sencillamente con un airon fino, colocado plano.

10 a 15. TRAJES DE PASEO.

I. *Bonito traje sastre*, de jerga fina; la falda, de forma sencilla, se cierra por delante con tres botones de coroso; la chaqueta, con faldón cortado en forma, se abre delante sobre un chalequito de seda rayada negro y blanco; gran cuello de terciopelo negro adorna esta elegante prenda.

II. *Gracioso traje* de lanilla a cuadritos negros y blancos; falda guarnecida de dos grandes volantes en forma; cuerpo, muy sencillo, de forma kimono; pequeño cuello de la misma tela, bordeado de un bias de terciopelo negro, así como las vueltas de las mangas; faja alta drapeada, de terciopelo; cuerpo escotado en forma de V, adornado de una tira escarolada de tul blanco.

III. *Lindo traje* para joven casada, de *côte de cheval* color gris topo; la falda tiene un pequeño canesú, en cuyo borde empieza una gran túnica en forma; chaquetita floja con delanteros redondeados; cuello marinero de seda blanca. El traje está adornado por delante con botones de terciopelo negro.

IV. *Precioso traje* de glacé color *violine*; la falda, compuesta de doble túnica en forma, está adornada con botoncitos de cristal; el cuerpo muy sencillo y con las mangas en la sesga; cuellecito de seda blanca; ancha faja de seda rayada, drapeada y anudada delante con largas caídas.

V. *Trajecito* de terciopelo negro para niña de 5 años; escote y mangas de bordado inglés; la faldita está estrechada abajo por un cinturón de piel blanca; el bajo de la falda es de paño blanco, bordado de una estrecha trencilla negra.

VI. *Elegante traje*, de paño color topo, para joven casada; la falda, con una larga túnica cortada en forma, está montada en la cintura con pequeños frunces; chaquetilla corta, que

permite ver la alta faja drapeada, de liberty negro, que envuelve las caderas. El cuello y el bajo de las mangas de la chaquetilla están bordados con trencilla.

CRÓNICA DE LA MODA

Rafford Pyke en *The Cosmopolitan*, y luego Emilio Faguet en la *Revue Bleue*, se han hecho la siguiente pregunta, procurando darla una respuesta satisfactoria: ¿qué mujeres son las que más agradan a los hombres?»

Si como cree Schopenhauer, todo ser humano, cuando siente el amor, no hace más que tratar de completarse y compensarse, obedeciendo a la ley de la naturaleza, que quiere la perpetuidad y la no degradación de la especie, y que para ello le excita a buscar en otro ser las cualidades y los defectos mis-

Prescindiendo ahora de métodos y teorías, he aquí las conclusiones de Rafford Pyke y las observaciones de Faguet:

1.^a La mujer que agrada a los hombres, dice Rafford Pyke, no es la mujer hermosa; la hermosura no ejerce ya influencia en los hombres; se admira; pero no se ama.—Las mujeres bonitas son numerosas; pero las mujeres que pueden llamarse hermosas son excepciones muy raras, dice Faguet. Por consiguiente, nos faltan datos para resolver, porque ¿cuántas mujeres hermosas podemos contar que no tengan dueño o adorador? Si hay alguna, es pura casualidad, de la que nada puede deducirse.

2.^a La mujer que agrada a los hombres es la mujer graciosa, más bien que la mujer bonita.—Es verdad, añade Faguet. El hombre, siempre torpe y desgabado, adora en la mujer lo que a él le falta, la gracia. Por eso el baile ha sido en todos los pueblos como la introducción al amor, porque la danza despliega toda la gracia de la mujer, y la muestra en toda la perfección a que puede llegar. La marcha, sin embargo, puede reemplazar hasta ventajosamente al baile como manifestación de la eurtmia personal. La gracia inmóvil es la estatua armoniosa; la gracia andando es la vida armoniosa.

3.^a La mujer que agrada a los hombres es la mujer elegante, la mujer que *sabe encajarse*: es la mujer que viste bien (primer cuadro) y cuyo salón está decorado (segundo cuadro) con gusto propio, como si formara un accesorio o prolongación de la persona misma. Una mujer que en su casa está como en visita, aunque esté elegantemente vestida, podrá ser «una elegante», pero no es elegante. Faguet asiente, y aquí, como en el caso anterior, encuentra la aplicación de la teoría de Schopenhauer, pues el hombre es el ser menos elegante, lo mismo en su vestido (desde fines del reinado de Enrique IV) que en su habitación, siendo natural que busque en la mujer elegante lo que le falta para completarse.

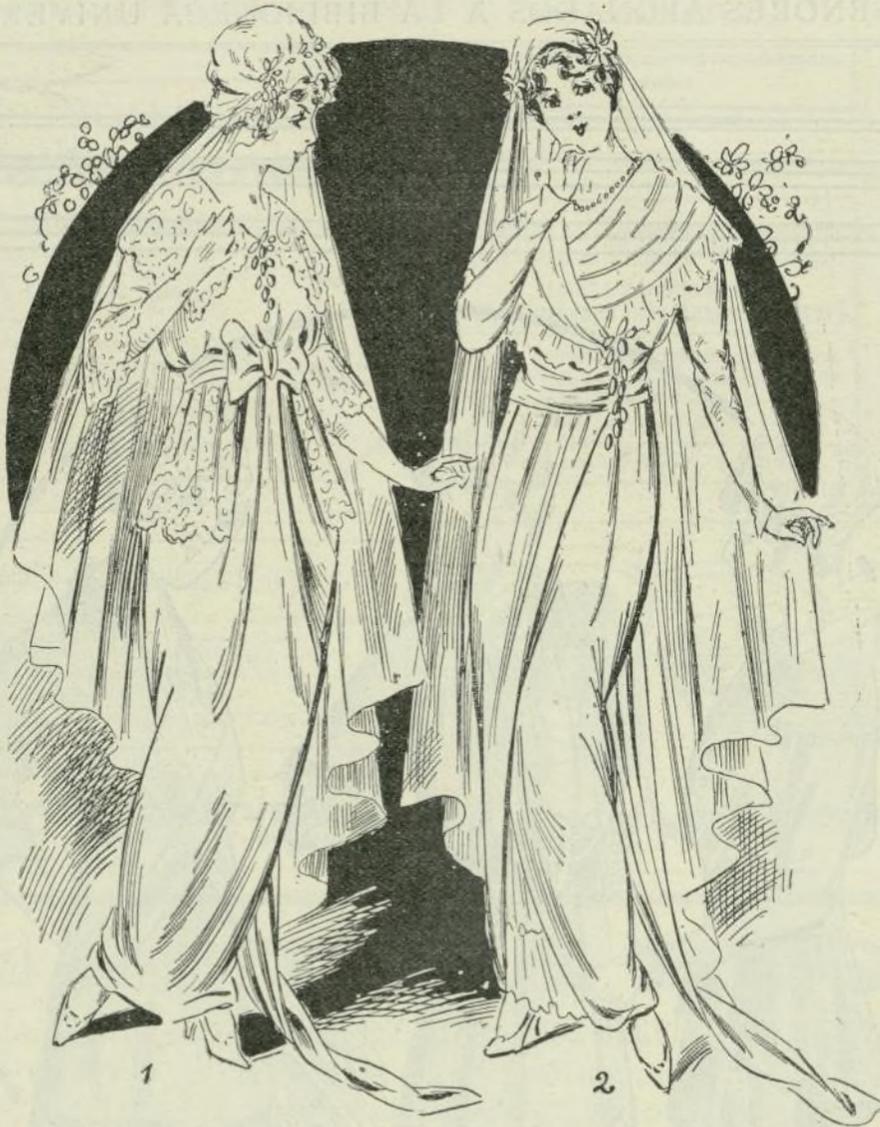
4.^a La mujer que agrada a los hombres es la mujer franca, absolutamente franca. La franqueza absoluta —dice Rafford Pyke— es en la mujer el rasgo de carácter que merece mayor admiración por ser el más raro. Según Faguet, el escritor yanqui no está en lo cierto; ni la franqueza absoluta es posible dentro de las exigencias del trato social, ni haría nacer el amor en el hombre, sino que lo espantaría.—Si lo que Rafford Pyke ha querido decir es que agrada a los

hombres la mujer que no es embustera, eso ya es otra cosa. A la mujer graciosa, elegante y sincera, añade Faguet la mujer amante, pareciéndole que esta cualidad es la principal, la esencial de la mujer amable. El medio de ser amada es amar. La alegría es también una seducción poderosa; la alegría es la salud del alma, es una gracia, es una promesa de felicidad, y debe también ser tenida en cuenta entre las cualidades que hacen más agradables a las mujeres.

CONSEJOS ÚTILES

De un interesante folleto publicado por D. Carlos Coppel extractamos las notas que siguen, acerca de los cuidados que deben tenerse con los relojes para conservarlos en buenas condiciones de marcha.

El reloj no debe dejarse parar por falta de cuerda: para formarse una idea del trabajo que desempeña la maquina del reloj, baste saber que las vueltas de su volante equivalen a un recorrido diario de 36 kilómetros; como la fuerza principal para realizar este trabajo reside en el muelle real o cuerda, y es más intensa cuanto más cuerda tiene el reloj, su disminución, a medida que la cuerda va gastándose, es causa de una irregularidad, insignificante si se tiene cuidado de dar cuerda



4 y 5.—Trajes de desposada

mos que le faltan, no hay ni puede haber «mujeres que agraden a los hombres», sino tal mujer que agrada a tal hombre: la enana, al gigante; la ingeniosa, al imbécil; la autoritaria, al tímido, y en este caso claro es que no hay cuestión ni cabe siquiera formularla como lo hace Pyke.

Todo el mundo sabe, dice el escritor americano, que hay hombres que agradan a todas las mujeres, y todo el mundo sabe quiénes son y cuáles son; pero en cuanto a las mujeres que agradan a los hombres, la cuestión es mucho más compleja y delicada. Faguet se asombra, no sin razón, de la primera de estas afirmaciones, y no cree en la existencia de esos hombres que agradan a todas las mujeres. Los éxitos de los hombres feos, o por lo menos de los que parecen feos a los hombres, son innumerables y asombrosos, y eso significa que las mujeres desconfían del hombre guapo, le creen infatuado y soberbio, y sobre todo infiel, y prefieren al feo, con el que están tranquilas; esto puede ser una explicación; pero en todo caso el éxito de los feos destruye la teoría de Rafford Pyke, porque no existe más que un tipo de belleza, mientras que, a Dios gracias, existen cien tipos de fealdad.

al reloj *todos los días a la misma hora*, pero que puede ser de importancia si se descuida este precepto, y mucho más si se le deja parado algún tiempo, pues el aceite se seca, produciendo entorpecimientos de consideración. Es, pues, errónea la creencia de que un reloj se conserva mejor cuanto más tiempo esté parado.

Conviene mucho también que la temperatura a que el reloj esté sometido sea uniforme en lo posible, por lo cual importa no dejarlo, al acostarse o cambiarlo de bolsillo, en sitios fríos, como en una mesa de mármol o en contacto con una pared, pues estos descuidos exponen al reloj a irregularidades de marcha y aun a roturas del muelle real; para ello debe colocarse en *aisladores del frío*, como las relojas corrientes, cuidando en todo caso de mantenerle siempre en *posición vertical*.

Para evitar el polvo conviene limpiar con frecuencia de pe-

LOS ORÍGENES DE LA RISA

Vanlair ha acometido la ardua tarea de reconstituir los orígenes de la risa. Del conjunto de las observaciones de Darwin debe deducirse que la mayor parte de los movimientos mímicos reflejos, tales como los de la sorpresa, la cólera, la desconfianza o el miedo, derivan de movimientos ofensivos y defensivos, en otro tiempo voluntarios; pero, por rara excepción, la risa no figura entre esos movimientos. ¿Cuál fué la mímica primitiva que se ha convertido en la risa actual?

El acto risorio es sin duda antiquísimo; pero cuan-

los dientes indica el deseo de morder, más que la alegría de vivir.

Pidderit había notado ya la semejanza de la sonrisa con «el rasgo de la dulzura»; en ambos las mejillas se aplican estrechamente contra la superficie de los dientes, pero aunque esta hipótesis se ajuste a los principios darwinianos, repugna admitir que una función tan secundaria haya podido servir de partida a un fenómeno de tan alto valor como la risa.

Vanlair, por su parte, encuentra el origen de la risa en otra parte. ¿Qué se observa—dice—en los animales cuando se ven expuestos a un contacto peligroso? La célula del amibio recoge sus microscópicos pseudópodos; la anémona marina parece tra-



6 a 9.—Sombreros de novedad

lusa el bolsillo destinado al reloj y no destapar la máquina sin motivo justificado. Es un error creer que los relojes de tapas (sabonetas) están más resguardados del polvo, pues sucede todo lo contrario. Cumpliendo bien estos cuatro preceptos esenciales (darle cuerda todos los días a la misma hora, procurar que no sufra grandes cambios de temperatura, mantenerle en posición vertical y tener limpio el bolsillo en que se halle), el reloj marchará bien. Tales son las recomendaciones positivas, lo que *debe hacerse*; en cuanto a las recomendaciones negativas, he aquí las más importantes, lo que no debe hacerse.

De ningún modo debe soplar dentro de la máquina, como hacen muchos, pues la humedad del aliento oxida las piezas de acero y produce daños graves. Tampoco debe lavarse la máquina con petróleo, como hacen algunos; ni este medio ni ningún otro que no sea el de desmontar la máquina y limpiarla pieza por pieza, debe emplearse nunca para la limpieza; echar en la máquina a guisa de lavativa una cantidad de petróleo es exponerse, aunque por de pronto parezca que el reloj queda limpio, a que se forme una pasta de polvo y grasa en los rozamientos que perjudique al reloj, aparte del daño que desde luego produce el petróleo en el metal, desgastándolo.

Nunca debe usarse para el engrase de las piezas el aceite de cocina, sino el especialmente preparado para los relojes y cuya procedencia inspire plena confianza; este aceite sólo debe echarse donde el mecanismo lo requiera y en la cantidad precisa para que no se corra a otras partes donde pueda con el polvo formar barro.

No debe andarse jamás en la máquina con alfileres, agujas, etc., que pueden ocasionar fácilmente roturas graves. También debe procurarse no acercarse a los aparatos eléctricos, dínamos, etc., a menos de que el reloj sea antimagnético, pues el contacto con las corrientes produce irregularidades en la marcha. De ninguna manera se debe tampoco, para contrarrestar los efectos del frío, calentar los relojes en chimeneas o braseros. Por último, debe evitarse en lo posible abrir las tapas del reloj, para evitar que el polvo se introduzca en el interior.

do apareció, la humanidad probablemente era ya muy vieja. Para los primeros hombres, en lucha constante para satisfacer sus necesidades, la risa era un artículo de lujo, que no tenían ni tiempo ni medios de adquirir. Sus descendientes, agricultores y pastores, fueron más felices, conociendo nuevos goces y sintiendo la necesidad de expresarlos por un nuevo gesto, apropiado a tales satisfacciones: de ahí la aparición de la risa.

El músculo retractor de la mejilla fué el encargado de realizar el nuevo gesto a causa de la acción que ejerce sobre la comisura de los labios. Por eso se siente la tentación de asimilar la sonrisa, como quiere Gratiolet, a un esfuerzo respiratorio, como el que ejecutamos instintivamente cuando se mueve nuestro cuerpo en una atmósfera fresca y pura. En el fisiologismo de la risa no puede verse sólo, sin embargo, una respiración libre y feliz. De ahí que haya habido que recurrir a otras explicaciones más satisfactorias.

La imaginada por Cuyet no deja de ser ingeniosa: el mayor placer de los primeros hombres fué, sin duda, el de comer; de ahí un lazo mental entre el acto premonitorio de la alimentación y la idea de aquel placer, pasando el fenómeno de la disclosión de los labios a ser el signo emblemático de la sonrisa. Entre el movimiento inicial de la comida y el de la risa no hay, sin embargo, identidad ni casi semejanza; es verdad que en ambos se entreabren los labios; pero mientras la sonrisa oprime éstos contra la arcada dentaria, se inclinan hacia delante cuando queremos atrapar un objeto que nos agrada; mostrar

garse de un golpe sus flotantes tentáculos: el gusano se envuelve, el caracol se esconde, la araña y los coleópteros ocultan sus patas, el pavo real repliega su plumaje, el erizo se hace una pelota, y el perro esconde la cola y arquea el lomo; en cuanto el peligro se aleja, el animal desarrolla de nuevo sus apéndices y siente un doble goce: el de la libertad reconquistada y el placer de saciar su apetito. Lo mismo pasa en el hombre con el temor y la alegría, y esas grandes irradiaciones motrices del placer tienen su equivalente en el acto de la sonrisa. La risa facial queda con esto perfectamente explicada; los grandes espasmos reflejos que la complican son los que quedan sin explicación todavía; y para dársela, el biólogo alemán Ewald Ecker la busca en la *utilidad* de esos movimientos, aunque parece preferible el motivo de la proporción entre la energía del excitante y la intensidad de la reacción, y tal vez el goce mismo del esfuerzo realizado. Sea lo que quiera de todas las hipótesis indicadas, la fisiología comparada nos permite señalar una fecha precisa, no al nacimiento del acto risorio, sino a la fase inicial de su desarrollo embrionario.

Se ha dicho mil veces que la risa es propia del hombre, y para algunos esto es muy discutible.

En cuanto a la causa *próxima* de la risa, aparece claramente en el cosquilleo, si bien el espasmo resultante de esta excitación difiere de la risa emocional en que mientras en ésta desempeñan un papel activo los órganos de la ideación, en aquélla no, desarrollándose una sensación y no un sentimiento.

Es de notar que esta sensación es más bien des-



10 a 12 —Trajes de paseo

agradable, y tiene de anómalo que la experimentan con mayor intensidad las partes del cuerpo menos sensibles al tacto, como la planta del pie y los sobacos, en tanto que los dedos y las papilas de la lengua no la perciben siquiera, sin que se acierte a comprender el motivo de esta predilección, como es también otra anomalía que para que el cosquilleo produzca efecto necesita ejecutarlo otra persona, no siendo sensible si se hace cosquillas uno mismo. León Du-

mont explica la risa física como resultado de una emoción producida por la contradicción entre la pre visión y el efecto; pero en la titilación del cosquilleo de los sobacos o de la planta del pie no hay nada imprevisto, y, sin embargo, entonces es cuando la risa llega a su mayor exaltación.

Mejor definida parece la causa determinante de la risa emocional, que en el niño no es otra que una impresión agradable, y en el hombre el contraste

entre dos actos inconciliables; la *vis cómica* no emana de la esencia de las cosas, sino de su yuxtaposición subjetiva incongruente; lo imprevisto de la colisión es lo que conmueve nuestras fibras risorias, y la oposición entre lo que debería ser y lo que es hace estallar la carcajada; basta para ello cualquier cosa, la repetición inesperada de una frase, la entonación con que se dice otra, una guiñada, una mueca, para que los nervios risorios se disparen. ¿Por qué nos reímos cuando vemos caer a una persona? Por el contraste también del hecho de la caída con el de la marcha, por lo imprevisto del accidente.

¿Cómo obra este elemento antilógico provocador de la risa? Según Dumont, de la duplicidad irreducible de las sugerencias resulta en nuestros centros psíquicos una conmoción violenta que despolariza el esfuerzo mental, obligándole a tomar otro curso y transformándolo en gasto de fuerza muscular; algo así como el rayo en que se resuelve el conflicto entre dos nueces diversamente electrizadas. En la fisiología de la risa hay un elemento indefinible, un *quid ignotum* que escapa a toda investigación; y, como decía Voltaire, «se siente la causa de la risa, pero no se la analiza».

¿Quién puede decirnos, en efecto, por qué tal invención escénica nos hace reír a carcajadas, y tal otra, no menos ingeniosamente concebida, nos deja completamente fríos? ¿Qué tienen ciertas personas para que de ellas emane como una especie de flúido hilarante, haciéndonos reír su menor gesto, sin que quepa atribuir esta gracia a la alegría misma del sujeto, que generalmente suele ser triston, como los cómicos que más hacen reír, que son los que no se ríen nunca? ¿Por qué hay personas — la mujer, el niño, el meridional, el negro — que están siempre dispuestos a reír, y otras que jamás desarrugan su ceño? ¿Por qué cuando tenemos un disgusto nada nos hace reír, y cuando estamos contentos nos reímos por cualquier cosa? Se haría mal en creer que las causas de la risa se reducen a la colisión psíquica del contraste; hay risas que no proceden de este motivo: el instinto de la imitación nos hace también reír, como nos hace bostezar (1). La vista de una figura jocosa en un museo nos hace sonreír involuntariamente. Hay risas, sin embargo, que no son comunicativas, ya por su carácter sarcástico, ya por el timbre desagradable de la voz.

F. A.

(1) En algunos pueblos de Salamanca existe una costumbre que merece citarse en este sitio. Cuando se reúnen los mozos en un día de fiesta y se hacen proposiciones para pasar el tiempo jugando a tal o cual cosa, eligen a veces, sobre todo cuando se han cansado de otros juegos, el jugar a *una risa de na* (da). — ¿Vamos a echar una risa de na?, dice uno. — Vamos, contes tan los demás. — Entonces se cogen de las manos haciendo corro, y uno o varios echan una carcajada; los otros les imitan, y no tarda en oírse una formidable serie de risotadas tan sugestivas como las más motivadas y alegres. Eso es la *risa de na*.

PENSAMIENTOS

Esfuézate a sufrir, que todos vivimos para padecer, porque nacimos para morir.

LOPE DE VEGA

Cada uno se condena, en lo mismo que hace padecer, a padecer lo mismo.

QUEVEDO

El corazón avezado a sufrir hace las cosas más leves de lo que son.

No hay cosa tan difícil de sufrir en sus principios, que el tiempo no la ablande y haga comfortable.

Torpe cosa es mentir el que enseña a otro.

FERNANDO DE ROJAS

Para acercarnos al ideal no hay sino aprender la verdad en la ciencia como en la conciencia, y realizar con desinterés absoluto en toda la vida el bien.

CASTELAR

Las palabras suaves enfrenan la ira, y las ásperas suscitan el furor.

CAYETANO FERNÁNDEZ



Gaston DROUET, Editeur Paris

Reproduction Prohibida

EL SALON DE LA MODA

XXIX - 810

Montaner y Simon Editores Barcelona.

CRISTOL-TOCADOR
antiseptico para el tocado intimo
de las **SEÑORAS**
Cura las afecciones uterinas
VIAL - PARIS, y todas las farmacias



La "CRÈME SIMON", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
- Polvo de arroz y jaboncillo
à la "Crème Simon"

Ayuntamiento de Madrid



OLIVERIO TWIST

NOVELA DE CARLOS DICKENS

(Continuación)

La señora Mann introdujo al bedel en una pequeña habitación con pavimento de ladrillo, acercó presurosa una silla, y tomando de manos de aquél su tricornio y su bastón, los colocó encima de una mesa. El señor Bumble enjugó su frente, cubierta de sudor, y lanzando una mirada de complacencia a su sombrero, sonrió con aire satisfecho; sí, sonrió, porque al fin, un bedel es un hombre que puede sonreír como otro cualquiera.

—No llevéis a mal lo que voy a deciros, observó la señora Mann con seductora dulzura: comprendo que estaréis cansado después de tan larga caminata y, por lo tanto, me tomaré la libertad de invitaros a que toméis alguna cosa.

—Nada, absolutamente nada, dijo el señor Bumble, haciendo con la mano un movimiento lleno de dignidad.

—Espero que no rehusaréis, replicó la señora Mann, que había observado el tono y el gesto del bedel; no os daré más que una gotita con un poco de agua fresca y un terrón de azúcar.

El señor Bumble tosió.

—Lo que os ofrezco no es casi nada, dijo la señora Mann con voz melosa.

—Y ¿qué vais a darme?, preguntó el bedel.

—Siempre tengo en casa alguna cosa para echar en el jarabe de estos queridos niños cuando se ponen malos, repuso la señora Mann, abriendo una pequeña alacena, de donde sacó una botella y un vaso; voy a daros un poco.

—¿Y dais jarabe a los niños, señora Mann?, preguntó el bedel, siguiendo con la vista la interesante operación de la mezcla.

—¡Ah!, sí, siempre les doy, aun cuando cuesta muy caro; pero ¡qué queréis!; no puedo verlos sufrir; es una cosa que me afecta demasiado.

—Muy bien, dijo el bedel, muy bien; sois una buena mujer, señora Mann, y aprovecharé la primera oportunidad para hacerlo presente al comité. Esos niños tienen en vos una madre, y bebo de todo corazón a vuestra salud, señora.

Así diciendo, el bedel cogió el vaso y apuró la mitad de su contenido. Sacando después de su bolsillo una cartera de cuero amarillo continuó:

—Ahora, hablemos de negocios: el niño a quien se ha puesto por nombre Oliverio Twist cumple hoy nueve años...

—¡Querido niño!, murmuró la señora Mann, frotándose el ojo izquierdo con la punta de su delantal.

—Y a pesar de haberse ofrecido una recompensa de diez libras esterlinas, que se ha elevado sucesivamente hasta doce; y no obstante los esfuerzos increíbles, casi diré sobrenaturales, por parte de la parroquia, continuó Bumble, no ha sido posible descubrir quién es el padre, así como tampoco el nombre y condición de la madre.

La señora Mann alzó las manos en señal de asombro, y dijo después de un momento de reflexión:

—Entonces, ¿cómo es que ese niño tiene nombre?

—Porque yo lo he inventado, replicó el bedel con aire de orgullo.

—¡Vos, señor Bumble!

—Yo mismo, señora Mann: nosotros ponemos nombres a los niños encontrados guardando siempre un riguroso orden alfabético: el último, a quien correspondía la letra S, fué inscrito con el nombre de Swable; el de ahora tocaba a la T y por eso le llamé Twist; el siguiente se llamará Unwin, el otro Vilkent, y así sucesivamente. Tengo nombres preparados desde el principio al fin del alfabeto, y al llegar a la Z se vuelve a empezar.

—¡Oh!, sois muy letrado, caballero, dijo la señora Mann.

—Sí, un poco, contestó el bedel, evidentemente satisfecho del cumplido.

Y apurando el resto de la bebida que contenía su vaso añadió:

—Como Oliverio es ya demasiado grande para



13 a 15.—Trajes de paseo

permanecer aquí más tiempo, el consejo ha resuelto que vuelva al asilo y he venido por lo tanto a buscarle. Traédmelo al momento.

—Vais a verle en seguida, contestó la señora Mann, saliendo de la habitación.

Oliverio, a quien durante este tiempo habían estado limpiando la cara y las manos lo mejor posible, fué introducido bien pronto por su bondadosa protectora.

—Oliverio, salud a este caballero, dijo la señora Mann.

El niño saludó a la vez al bedel, que estaba sentado, y al tricornio, que veía sobre la mesa.

—¿Queréis venir conmigo, Oliverio?, preguntó el bedel con majestad.

Oliverio estaba a punto de contestar que lo que más deseaba era marcharse con quienquiera que fuese, cuando alzando los ojos sorprendió una mirada



Fig. 16.—La chaqueta representada por este grabado, de la cual ofrecemos el patrón con el presente número, es de forma seria y elegante, resultando su confección de muy buen efecto con género de dibujo de raya y también de diagonal.

de la señora Mann, la cual, colocada detrás de la silla del bedel, le enseñaba el puño con furor.

El niño comprendió bien pronto aquella mímica, porque aquel puño había caído demasiadas veces sobre su espalda para que no estuviese profundamente grabado en su memoria, y por lo tanto se apresuró a decir:

—¿Y no vendrá conmigo la señora Mann?

—No, replicó Bumble; pero irá a verte algunas veces.

Aun cuando aquello no podía ser más consolador para el niño, tuvo el suficiente criterio para fingir una gran pena por su marcha: por otra parte, el pobre Oliverio no tenía que esforzarse mucho, tratándose de verter lágrimas, pues el hambre y los golpes recibidos son poderosos auxiliares cuando se tiene necesidad de llorar, y Oliverio lloró de la manera más natural del mundo.

La señora Mann le dió mil besos y, lo que era aún mejor, una rebanada de pan y manteca, a fin de que no pareciese demasiado hambriento a su llegada al asilo. Con un pedazo de pan en una mano, y cubierta la cabeza con la pequeña gorra de paño pardo, usada por los niños de la parroquia, Oliverio fué sacado por el señor Bumble de aquella espantosa morada, donde jamás una palabra ni una mirada de afecto habían endulzado los tristes años de su infancia.

Y, sin embargo, prorrumpió en sollozos cuando la puerta se cerró tras él; por miserables que fuesen los pequeños compañeros de infortunio de quienes se separaba, eran los únicos amigos que había conocido, y la conciencia de su aislamiento en el mundo penetró por primera vez en el tierno corazón del niño.

El señor Bumble andaba muy de prisa, y el pobre Oliverio, oprimiendo con fuerza el faldón de su levita galoneada, trotaba a su lado, preguntando a cada instante si llegarían pronto. El bedel respondía a sus preguntas con brevedad y dureza: era evidente que no experimentaba la influencia bienhechora que ejerce un refrescante en ciertos corazones, y que volvía a ser el impasible bedel.

Habría transcurrido escasamente un cuarto de hora

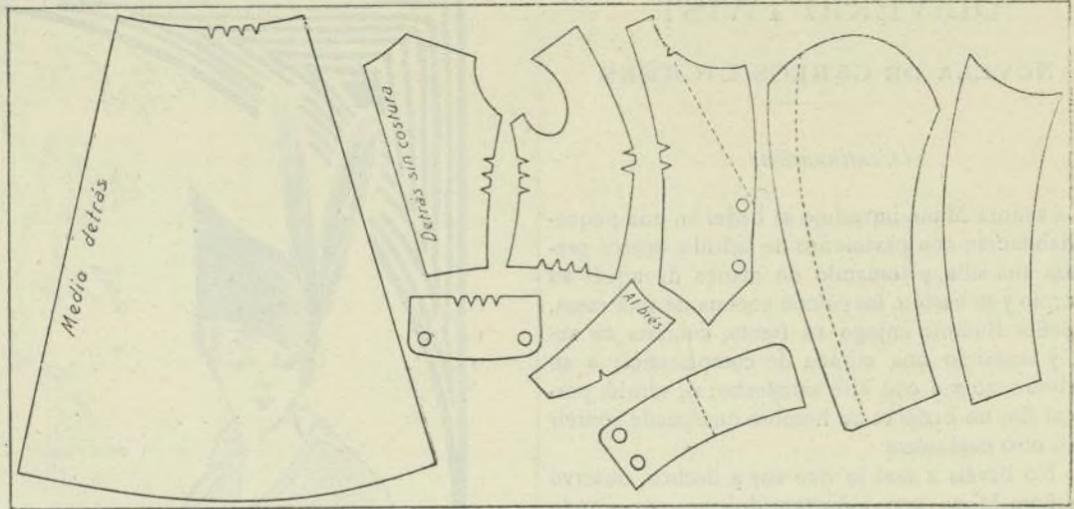


Fig. 17.—Patrones de la chaqueta

desde que Oliverio franqueara la entrada del asilo de mendicidad, después de haber dado un segundo mordisco a su rebanada de pan, cuando el señor Bumble, que le había confiado en manos de una anciana, volvió a decirle que era día de consejo, y que éste le mandaba presentarse.

Oliverio no tenía una idea exacta de lo que era un consejo, y quedó muy admirado al oír semejante noticia, pero el señor Bumble no le dió tiempo para entregarse a sus reflexiones. Dióle con su bastón un pequeño golpe en la cabeza para que estuviese atento, y después de mandar que le siguiera, condújole a una habitación donde se hallaban sentados alrededor de una mesa ocho o diez señores muy gruesos, presididos por otro de notable corpulencia, y de cara redonda y colorada, que ocupaba un sillón más elevado que los demás.

—Salud al consejo, dijo Bumble.

Oliverio enjugó dos o tres lágrimas que rodaban por sus mejillas y saludó a la mesa del consejo.

—¿Cómo os llamáis, niño?, preguntó el señor que ocupaba el sillón.

Oliverio tuvo miedo a la vista de tantos señores y permaneció mudo, visto lo cual, aplicóle el bedel un golpe en la espalda, que le hizo llorar, obligándole a responder, aunque con voz temblorosa. Entonces uno de aquellos señores, que llevaba chaleco blanco, dijo que era un idiota, medio excelente para animar al chico y serenarle.

—Escuchadme, niño, continuó el presidente: supongo que ya sabréis que sois huérfano.

—¿Qué quiere decir eso?, preguntó el pobre Oliverio.

—Ese muchacho es idiota; estaba seguro de ello, dijo el señor del chaleco con tono breve.

—¡Chut!, hizo el que había hablado primero.

Y dirigiéndose de nuevo al niño continuó:

—Sabéis que no tenéis padre ni madre y que os han criado a expensas de la parroquia, ¿no es verdad?

—Sí, señor, contestó Oliverio llorando amargamente.

—¿Por qué lloráis pues?, preguntó el del chaleco blanco.

Esto era en efecto muy extraordinario: ¿por qué había de llorar el chico?

—Supongo que rezáis todas las noches, dijo otro de aquellos señores con tono enfático; y que como buen cristiano rogaréis en vuestras oraciones por aquellos que os alimentan y os cuidan.

—Sí, señor, balbució Oliverio.

El que acababa de hablar tenía razón: era necesario en efecto que Oliverio fuese un buen cristiano, o, mejor dicho, un cristiano modelo, para rezar por aquellos que le alimentaban y cuidaban; pero no lo hacía porque no sabía rezar.

—Muy bien, dijo el presidente; se os ha traído aquí para recibir educación y aprender un oficio útil.

—Así es que mañana a las seis comenzarán a cargar estopa, dijo el del chaleco blanco.

Hacer a Oliverio cargar estopa, era combinar a la vez de una manera muy sencilla los dos beneficios que se le concedían; el niño reconoció lo uno y lo otro por un profundo saludo que le mandó hacer el bedel; después de lo cual, llevóle a una gran sala

del hospicio, donde sobre una cama muy dura se durmió sollozando; ¡prueba notable de la dulzura de las leyes de nuestro feliz país, que no impiden dormir a los pobres!

¡Pobre Oliverio! Dormía tranquilo, y en la feliz ignorancia de lo que pasaba a su alrededor, estaba muy lejos de pensar que aquel día mismo el consejo había tomado una resolución que debía ejercer en su destino ulterior una influencia irresistible; pero la resolución estaba ya tomada, y he aquí cuál era.

Los miembros del consejo de administración eran hombres eminentemente sabios y dotados de una filosofía profunda: fijando su atención en el asilo de mendicidad, echaron de ver, o mejor dicho, descubrieron de pronto lo que espíritus vulgares no hubieran notado; esto es, ¡que los pobres gozaban!

El asilo de mendicidad era para la clase pobre un lugar de recreo, una fonda donde no era necesario pagar, y donde durante todo el año se tenía gratis el almuerzo, la comida, el te y la cena; aquello era una verdadera Janja, un verdadero Eliseo de mam-postería donde todo era divertirse sin trabajar.

—¡Oh!, ¡oh!, se dijo el consejo con aire maligno, nosotros somos hombres que pondrán las cosas en orden, haciendo que cese todo esto muy pronto. Y tras esta reflexión sentaron como principio que los pobres podrían elegir (pues a nadie se le obligaba, téngase bien entendido) entre morirse de hambre lentamente si permanecían en el asilo, o de repente si salían de él.

Al efecto hicieron un ajuste con la administración de las aguas para obtener una cantidad ilimitada de dicho líquido y se convinieron asimismo con un expendedero de trigo para que suministrase en períodos determinados una corta cantidad de harina de avena. Hecho esto, concedieron a cada individuo tres ligeras raciones por día de puches muy claras, una cebolla dos veces a la semana, y medio pan todos los domingos. Con respecto a las mujeres se tomaron igualmente otras muchas disposiciones, sabias y humanas, que sería inútil mencionar. Últimamente, acordaron también, en su infinita bondad, separar por una especie de divorcio a los pobres casados, lo cual les evitaba los gastos enormes de un proceso ante el tribunal eclesiástico; y en vez de obligar al individuo a sostener a la familia con su trabajo, le separaron de ella, convirtiéndole en célibe.

Es indudable que muchos hombres, en todas las clases de la sociedad, hubieran aprovechado gustosos estas dos ventajas; pero los individuos del consejo, como hombres previsores, obviaron la dificultad: para disfrutar de estos beneficios era necesario vivir en el asilo y alimentarse con puches, cosa que naturalmente asustaba a las gentes.

Seis meses después de la llegada de Oliverio Twist al hospicio, el nuevo sistema estaba ya en pleno vigor. Al principio fué un poco costoso, pues hubo que pagar más al empresario de las pompas fúnebres, así como también al sastre, por estrechar los vestidos de los pobres, adelgazados y reducidos a nada después de una semana o dos de alimentarse con puches; pero el número de los habitantes del asilo de mendicidad disminuyó de una manera notable, y los administradores estaban sumamente complacidos.

El comedor de los niños era una gran sala al extremo de la cual veíase una enorme caldera, junto a la que, ayudado por dos mujeres, el jefe del hospicio, cubierto con un gran delantal, repartía los puches a la hora de comer. Cada niño recibía una pequeña escudilla llena; pero nunca más, excepto los días de fiesta en que se les daba sobre esto dos onzas de pan. Por lo que hace a las escudillas, no era necesario lavarlas, pues los niños las pulimentaban con sus cucharas hasta dejarlas brillantes, y al terminar esta operación, que nunca era larga, por ser las cucharas tan grandes como las escudillas, quedábanse contemplando la caldera con ojos tan ávidos, que parecían devorarla con sus miradas. Los chicos tienen por lo regular un apetito excelente: Oliverio y sus compañeros sufrieron durante tres meses las torturas de una lenta consunción, y el hambre concluyó por extraviarles hasta el punto que un muchacho, grande ya por sus años, y poco conforme con semejante existencia, dió a entender a sus compañeros, que si no le aumentaban la ración diaria, acabaría por devorar una noche al niño con quien se acostaba, que era muy joven y débil.

Al hablar así, tenía los ojos extraviados y la faz hambrienta; sus compañeros le creyeron, y en consecuencia procedióse a deliberar, resolviéndose al fin, que se echarían suertes para saber quién iría aquella misma noche a la hora de cenar a pedir al jefe una ración más que la de costumbre. La suerte recayó en Oliverio Twist.

Llegada la noche, los niños ocuparon sus puestos: el jefe del establecimiento, con su traje de cocinero, se hallaba delante de la caldera; sirviéronse los puches; pronuncióse un largo *benedicite* y poco después terminó la cena. Entonces los chicos comenzaron a cuchichear haciendo señas a Oliverio, y los que estaban más cerca le empujaron con el codo. Por niño que fuese, el hambre le había exasperado, haciéndole indiferente a todo el exceso de la miseria; dejó pues su puesto, y adelantándose con la escudilla en una mano y la cuchara en la otra, dijo, asustado de su propia temeridad:

—Hacedme el favor de dar un poco más, si gustáis.

El jefe, hombre grueso y rechoncho, se puso pálido: estupefacto por la sorpresa, miró varias veces al pequeño rebelde, y apoyándose después sobre la cadera, quedóse mudo de estupor. Las mujeres que le ayudaban estaban embargadas por el asombro, y los niños por el terror.

—¿Qué decís?, dijo al fin el jefe con voz alterada.

—Que quisiera un poco más, si gustáis, contestó Oliverio.

El jefe dirigió su cucharón a la cabeza de Oliverio, estrechóle después entre sus brazos y llamó a gritos al bedel.

El consejo se hallaba en sesión solemne cuando Bumble, fuera de sí, se precipitó en el salón, y dirigiéndose al presidente le dijo:

—Señor Limbkins, dispensad si os interrumpo; sabed que Oliverio Twist ha pedido más.

El asombro fué general; pintábase el horror en todos los semblantes.

—¿Que ha pedido más?, murmuró el señor Limbkins; calmaos, Bumble, y contestadme claramente. ¿Queréis decir que ha pedido más ración después de comer la señalada por el reglamento?

—Sí, señor, replicó Bumble.

—Ese niño se hará ahorcar, dijo el señor del chaleco blanco, sí, ese niño se hará ahorcar.

Ninguno contradujo aquel pronóstico: entablóse entonces una discusión muy acalorada; Oliverio fué encerrado en un calabozo, y al día siguiente, un anuncio fijado en la puerta, ofrecía una recompensa de cinco libras esterlinas (1) al que quisiera desembarazar de la parroquia a Oliverio Twist. O en otros términos, se ofrecían cinco libras y la persona de Oliverio a cualquier hombre o mujer que necesitase algún aprendiz para cualquier oficio o industria, fuera la que fuese.

—En mi vida he estado tan seguro de una cosa, decía el señor del chaleco blanco, llamando a la puerta al día siguiente y al leer el anuncio; en mi vida he estado tan seguro de una cosa ¡y es que ese muchacho se hará ahorcar!

Como me propongo dar a conocer en el curso de esta historia si se cumplió o no el pronóstico del señor del chaleco blanco, no dejaré saber desde luego a mis lectores si la vida de Oliverio Twist tuvo tan terrible desenlace, pues esto sería despojar de un golpe a mi narración del interés que pudiera tener.

CAPITULO III

Después de haber cometido el imperdonable crimen de pedir doble ración, Oliverio permaneció durante ocho días estrechamente encerrado en el calabozo donde le habían arrojado la misericordia y sabiduría del consejo administrativo. Fácil es comprender desde luego, que si el chico hubiese acogido con respeto la predicción del señor del chaleco blanco, hubiera podido confirmar de una vez para siempre la reputación profética de aquel sabio administrador, con sólo sujetar una de las puntas de su pañuelo a un clavo de la pared y suspenderse de la otra.

Pero existía un obstáculo para la ejecución de este proyecto, y es que, por una orden expresa del consejo, firmada, revisada y sellada por todos los miembros, se había prohibido a los pobres del hospicio el uso de los pañuelos, por considerarlos un objeto de lujo. La tierna edad de Oliverio era también otra dificultad, y así es que se contentó con llorar amargamente durante días enteros. Al llegar las largas y tristes horas de la noche, cubríase los ojos con las manos para no ver la obscuridad, o se agazapaba en un rincón a fin de conciliar el sueño; y otras veces, despertábase sobresaltado y temblando y se pegaba a la fría y dura pared de su calabozo, como si buscara en ella una protectora contra las tinieblas y la soledad de que se veía rodeado.

Y no crean los enemigos del *Sistema*, que durante su prisión se privase a Oliverio de las ventajas del ejercicio, del placer de la sociedad, o de los consuelos de la religión. En cuanto a lo primero, como el tiempo era hermoso y frío, se le daba permiso para lavarse todas las mañanas con el agua de la bomba que había en un patio, en presencia del señor Bumble, quien, para impedir que se constipara, activaba en el chico la circulación de la sangre por medio de frecuentes bastonazos. Por lo que hace a la sociedad, llevábanle todos los días al refectorio de los niños, donde se le administraba una dura corrección para el buen ejemplo y edificación de los demás; y últimamente, como consuelo religioso, hacíanle entrar a patadas todas las noches en la sala, llegada la hora de rezar, y se le permitía oír la oración de sus compañeros, corregida y aumentada por el consejo, en la cual recomendábase la virtud, la docilidad y la obediencia para preservarse de las faltas y vicios de Oliverio Twist, que era un hijo de Satanás patrocinado por el diablo.

En tanto que los asuntos de Oliverio tomaban este giro favorable y ventajoso, sucedió que una mañana, un tal Gamfield, deshollinador de oficio, pasó por la calle, atormentando su imaginación para saber cómo pagaría varios meses de alquiler, por los cuales le apuraba mucho el casero. Por más cálculos que hacía, no le era posible llegar a reunir la cifra de cinco libras esterlinas, que necesitaba, y en su desesperación, golpeábase la frente, pegando al mismo tiempo a su borrico. Al pasar por delante del hospicio fijáronse sus miradas en el anuncio que había en la puerta.

—¡Sol!, ¡sol!, dijo Gamfield a su pollino.

Pero el borrico estaba en aquel momento muy distraído, preguntándose sin duda si le darían para su almuerzo dos o tres tronchos de berza cuando le descargasen de dos sacos de sebo que arrastraba en una carreta; así es que, sin hacer caso de las palabras de su amo, continuó su camino.

El buen Gamfield dirigió a su cuadrúpedo un tercio de los más enérgicos, y corriendo tras él, aplicóle sobre la cabeza un golpe capaz de romper cualquier cráneo que no fuese el de un asno. Cogiendo después la brida, sacudióla rudamente hasta hacerle permanecer quieto, y una vez conseguido esto, subióse sobre un poste para leer el anuncio fijado en la puerta del hospicio.

El señor del chaleco blanco, que estaba a la puerta, había presenciado la reyerta de Gamfield con su burro y sonrió con satisfacción al ver al hombre

acercarse a leer el anuncio, porque comprendió que aquél era el amo que convenía a Oliverio.

Gamfield sonreía también según iba recorriendo los renglones del anuncio, pues cinco libras esterlinas eran precisamente las que necesitaba, y en cuanto al chico de quien iba a encargarse, pensó que según el régimen del hospicio bien podría meterse en el cañón de una estufa. Volvió a leer el anuncio, sílaba por sílaba, y llevando respetuosamente la mano a su gorra abordó al caballero del chaleco blanco.

—¿Hay aquí un chico que desea la parroquia ceder para aprendiz?, preguntó Gamfield.

—Sí, buen hombre, contestó el del chaleco blanco con una benévola sonrisa. ¿Qué le queréis?

—Si la parroquia desea que aprenda un oficio muy agradable, como por ejemplo el de deshollinador, dijo Gamfield, necesito un aprendiz y estoy dispuesto a encargarme del chico.

—Entrad, dijo el señor del chaleco blanco.

(Continuará.)

CRÓNICA DE TEATROS

MADRID. — Se han estrenado con éxito: en el Cómico, el melodrama *La sobrina del cura*, de Carlos Arniches, por Loreto Prado y Enrique Chicote; en la Princesa, *La Garra*, de Linares Rivas, por María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, y en el Español, la nueva tragedia de Villalpessa, *Abén-Humeya*, por Carmen Cobeña y Enrique Borrás.

BARCELONA. — PALACIO DE LA MÚSICA CATALANA. — La eminente diva María Barrientos anuncia tres conciertos que sin duda constituirán verdaderas solemnidades artísticas por lo escogido de sus programas. En ellos figurarán obras de los más distinguidos compositores antiguos y modernos, siendo el primero y tercer concierto con acompañamiento de orquesta, y el segundo un recital al piano, destinado exclusivamente al género clásico, en el que se ejecutarán obras de Bach, Beethoven, Haendel, Mozart, Gluck y de los principales compositores italianos antiguos.

La principal atracción de este gran concierto clásico la constituirá el estreno de una magnífica aria de una de las mejores cantatas de Bach y el de un *rondó* de Mozart que no ha sido ejecutado todavía en público, por conservarse el manuscrito inédito en la Biblioteca de Santa Cecilia de Roma y haber obtenido la señora Barrientos, como favor especialísimo, una copia del mismo, de manera que es hoy la única artista que que puede ostentarlo en su repertorio de conciertos.

En los dos conciertos con acompañamiento de orquesta, además de un gran repertorio de canciones de Schubert, Schumann, Brahms, Mozart, Saint-Saens, y del estreno de obras catalanas de los maestros Granados y Lamote, escritas expresamente para la señora Barrientos, ejecutará ésta alguna de las más célebres arias de su repertorio de ópera, como son el aria de *I Puritani*, de Bellini; la de las «campanillas», de la ópera *Lakmé*, de Delibes; la de los «truseñores», de la ópera *Hipólite et Arice*, de Rameau, y varias escogidas de las óperas de Mozart, como *Don Giovanni*, *Le nozze di Figaro* y la tan famosa de *Il flauto mágico*, que raramente es dado poder oír a causa de sus inmensas dificultades.

Estos conciertos se celebrarán en las tardes de los domingos 17, 24 y 31 del actual.

RECETAS CULINARIAS

Pecho de cordero a la mariscala

Se asan convenientemente dos pechos de cordero, y para escurrirlos bien se presanan en dos tabletas o entre dos coberteras; se los deja enfriar un poco tiempo, y en seguida se remojan en salsa de setas o en la llamada alemana y se panan, dándoles varias vueltas en una mezcla hecha con cinco yemas de huevo batidas, tres onzas de manteca y pan bien rallado, de manera que la carne quede perfectamente cubierta. Luego se coloca un instante tan sólo sobre la parrilla para que adquiera ese color dorado obscuro tan característico. Sin dejar que los pechos se enfríen, se sirve en seguida.

Coliflor en salsa blanca

Se toma una hermosa coliflor, se limpia y lava bien. Se pone en un perol a cocer con agua, un poquito de manteca (o aceite bueno) y sal. Después de bien cocida, pero sin deshacerse, se coloca en una fuente, arreglando en ella las ramitas de modo que parezca la coliflor entera. Hecho esto, se riega con salsa blanca, y a defecto de ésta, con buen caldo. Si no se tiene particular empeño en que el plato presente buena vista, en vez de sazónarla como acabamos de indicar, también se puede preparar rebozándola con la salsa y dándole después un par de vueltas en la cacerola.

(1) Ciento veinticinco francos.



ANEMIA
DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
Todos los Medicos proclaman que
el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)
á la Hemoglobina
CURAN SIEMPRE

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de **Gustavo Doré**. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPIADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero. 14.R. Beaux-Arts, Paris.

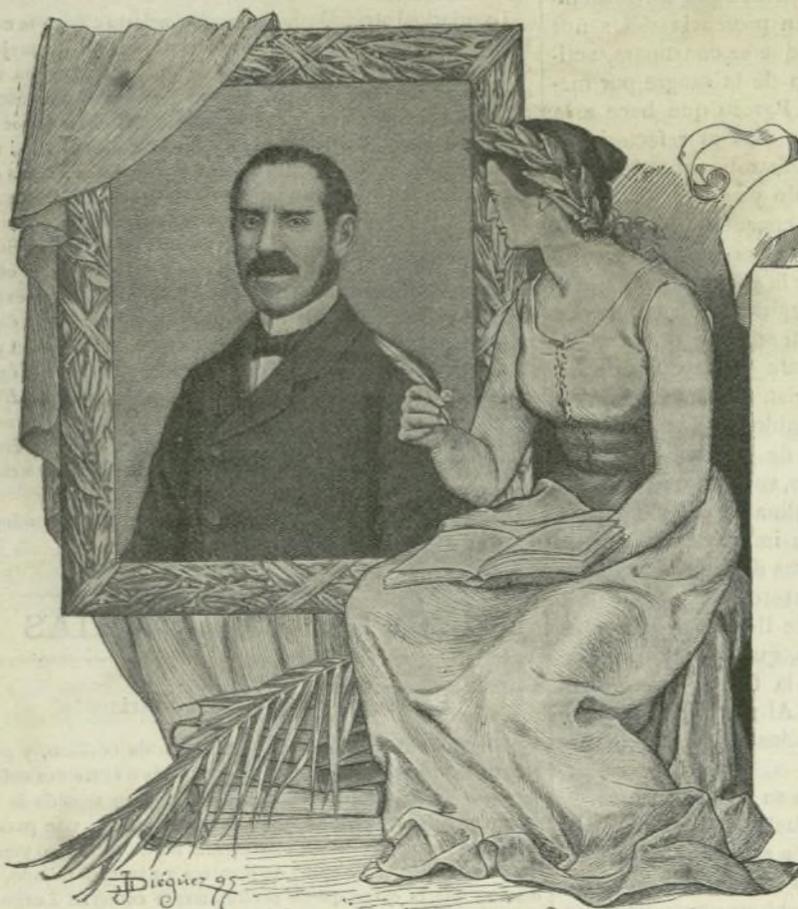


Agua mineral natural **TONA ROQUETA**

Cura las diferentes manifestaciones del ESCROFULISMO, HERPETISMO y SÍFILIS; los estados morbosos del corazón, riñones é hígado; la cloro-anemia y reumatismo, así como la TISIS y demás afecciones del aparato respiratorio, propias de las fosas nasales, faringe, laringe, bronquios y pulmones.

Se vende en todas las farmacias y establecimientos de aguas minerales.

Los pedidos al por mayor pueden dirigirse á D. JOSÉ ROQUETA, TONA (BARCELONA).



Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR D. MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE

D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas. — Su precio **310** pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuída en 25 tomos lujosamente encuadernados, a **5** pesetas uno.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvé* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas, las voces antiguas, los Neologismos, las Etimologías, los términos de ciencias, artes y oficios, las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada. — Obra reconocida por el ministro de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario más completo de los publicados hasta hoy, según puede verse por la carta por él dirigida á nuestro representante en París. — Monsieur: Vous avez bien voulu m'adresser les quatre volumes du nouveau Dictionnaire Française-Espagnol et Espagnol-Française de M. Fernández Cuesta, que viennent d'être édités à Barcelonne MM. Montaner et Simón. Je vous en remercie bien sincèrement; et c'est assurément le Dictionnaire de langue espagnole le plus complet qui ait paru jusqu'à ce jour, et je ne doute pas qu'il ne rende les plus grandes services. — Agrées, Monsieur, l'assurance de mes sentiments les plus distingués. — Le Ministre de l'Instruction publique et des Beaux Arts, LOCKROY. — Cuatro tomos encuadernados, cincuenta y cinco pesetas, pagadas en varios plazos.